

UN FRAGMENTO DE LOS MURALES DE SAN FRUCTUOSO DE BIERGE EN LA *ART GALLERY OF ONTARIO* DE TORONTO

Antonio BASO ANDREU

Desde Ann Arbor, el mayor centro universitario y cultural del estado norteamericano de Michigan, en un viaje privado, recientemente llegué a Toronto, la capital de Ontario, a orillas del gran lago de este mismo nombre, que baña fronteras de Canadá con U.S.A., donde geográficamente están los Grandes Lagos.

Para llegar allí, desde Detroit atravesamos el inmenso puente internacional que une ambas fronteras hasta Windsor, limitadas por el anchuroso río Detroit, vía fluvial de grandes barcos; desde allí, a ambos lados de la autopista que discurre por una extensa planicie agrícola y ganadera, muy semejante a la baja Andalucía y los ya fértiles llanos de nuestra Violada, se suceden pueblos y ciudades que nos recuerdan a la vieja Europa: London, París, Cambridge, Oxford, Churchill,...

Esto último no es algo raro por aquel lado del mundo, pues aun nuestros pueblos más insignificantes, sin esperarlo, aparecen en la toponimia americana. Así ha sido cuando de un tiempo a esta parte hemos visto cómo un equipo de arqueólogos ha venido realizando importantes excavaciones

en las proximidades de la localidad peruana de Sipán, donde hace poco han descubierto una tumba de la época moche, cuyos estudios pueden llegar a cambiar los conocimientos históricos y arqueológicos de los períodos precolombinos, ya que según los expertos pueden dar a conocer muchos aspectos, hasta ahora ignorados, de esta antiquísima civilización anterior a los incas, gentes que recibieron a los españoles al llegar a aquellas tierras. Esta tumba parece ser que pertenece a un guerrero moche que, con sus joyas y armas, fue enterrado con sus ocho concubinas, cuyos esqueletos han sido localizados tras las excavaciones.

Como decimos, todo esto va a ser de gran transcendencia para los estudiosos interesados, pero para nosotros no dejaría de tener cierto interés el poder averiguar, también, quién fue aquel que bautizó con el nombre de Sipán a esa población peruana. Quizá sería algún soldado o esforzado aventurero, oriundo de este otro Sipán, el pintoresco pueblecito del abadiado somontanés, junto a las orillas del Guatizalema, al pie de la sierra de Guara.

De igual manera puedo asegurar que en los días que permanecí en Toronto tuve ratos durante los que, tan lejos, me parecía encontrarme en casa. Ello era al recorrer el barrio de San Lorenzo, con su iglesia parroquial dedicada al heroico mártir oscense, y su animado mercado de San Lorenzo; con calles alegres formadas por hileras de casas de líneas europeas, más bien de corte inglés; su gente, abierta y amable. Este enclave urbano se sitúa entre la "city" de ese gran mundo de los rascacielos, quizá ya en decadencia, y las amenas orillas que por allí bordean el Ontario, zona portuaria de transbordadores de calado y embarcaciones de recreo.

También el río San Lorenzo cruza Canadá en más de 1.200 km hasta el Atlántico; en la parte oriental del país existe una meseta lacustre presidida igualmente por los Montes Laurentinos, y tampoco es raro encontrar entre la gente el apellido Saint-Laurent, como lo tuvo el primer ministro del gobierno liberal, a mediados de este siglo.

Pero ante todas estas sorpresas, algunas de ellas muy gratas —como vengo comentando—, sí puedo hablar de otra causante de cierta insatisfacción para mí. Ello fue al enterarme de que un pormenor de los murales románicos del santuario de San Fructuoso de Bierge (Huesca) se encuentra en la *Art Gallery of Ontario*, el importante museo nacional —donde también se

exhibe alguna pintura de la escuela española clásica—, situado en Dundas Street West de Toronto y alzado entre bellos jardines en los que las simpáticas ardillas tienen campo libre para sus correrías y pueden trepar hasta las ramas de los árboles, lo mismo que los gansos del Canadá palmotean pausadamente sobre los parterres, verdes, bien cuidados.

Este mural corresponde a uno de los pasajes bíblicos de la vida de San Juan Evangelista, procedente del lateral derecho del santuario románico de San Fructuoso de Bierge, según me ha informado últimamente Federico BALAGUER, quien ha examinado un grabado a todo color de este fragmento, que figura en la página 54 del libro ilustrado de divulgación "Essential Toronto 1988", publicado por el hotel Holiday Inn. Al pie se lee: «This late 13 th-century fresco transferred to canvas is entitled St. John and the Two Disciples of the Philosopher Craton. Master of Foces». Lo que más o menos viene a decir que este antiguo fresco del siglo XIII fue transferido al lienzo, que representa a San Juan y a los dos discípulos del filósofo Craton, del Maestro de Foces.

Por mi parte, allí en Toronto, aunque con alguna reserva, en principio sospeché si este fragmento podría pertenecer a alguno de los murales de San Miguel de Foces, según su atribución al referido Maestro; pero posteriormente he comprobado que el criterio de BALAGUER coincide con las descripciones de José GUDIOL, que aquél me comentó, sobre las pinturas románicas de Bierge, de donde parece que procede este San Juan. De muy bellas facciones su rostro, orlado con halo de santidad, vestido con túnica blanca y manto granate, descalzo, sostiene en su mano izquierda un libro que podría ser el del Apocalipsis o el Cuarto Evangelio, mientras con la mano derecha elevada bendice a los dos discípulos, ambos con vestiduras semejantes a las del apóstol, uno de los cuales porta como dos velas en su mano. Entre estas figuras hay una pequeña mesa sobre la que están depositados cuatro peces, y arriba, en el cielo, desde una nubecilla se extiende hacia el Evangelista la mano divina de Dios, bajo la que se lee en caracteres monacales: IOHS/APLS.

Posteriormente, una vez comprobado que este pormenor existente ahora en la *Art Gallery of Ontario* pertenece a uno de los murales de San Fructuoso de Bierge, he acudido a la página 214 del tomo II del *Catálogo Monumental de España*, relativo a Huesca, de Ricardo del ARCO, en cuya figura 474 aparece en la zona más baja del mural original, con algún dete-

rioro al haberse abierto un tragaluz más adelante sobre el mismo. Y así, entre las páginas 213 y 214 del tomo I del *Catálogo*, leo la descripción que hace del ARCO sobre la iglesia de San Fructuoso de Bierge, en el Somontano de Barbastro. De planta rectangular, con techumbre que fue de armadura sobre arcos apuntados transversales, destaca su noble presbiterio, pintado con historias religiosas de mucho interés. Se trata de una obra de final del siglo XIII, aunque el historiador opina que podría ser de mayor antigüedad, dado que varias coronas y tocados sobre algunas cabezas le recuerdan las de las figuras carolingias.

En esta descripción, que a la sazón hacía el propio autor en el sitio original, prosigue diciendo que el muro del altar mayor está dividido en cuatro zonas, interrumpidas por nichos grandes formando compartimentos, en los que aparecen figuras de mayores proporciones que las de las historias vecinas, estas últimas de unos 86 cm. Adosado a este muro central hubo un retablo de finales del siglo XVI.

De los muros laterales, detalla el *Catálogo* que están divididos en otras cuatro zonas, de unos 90 cm de altura cada una. En el lado de la Epístola aparece, en gran tamaño, la efigie de San Juan, de pie, bendiciendo, bajo templete gótico (figura 473 del tomo II), figurando allí la leyenda IOHS/APLS/EVANGELISTA. Las cuatro zonas aledañas son pasajes de la vida y martirologio del propio Águila de Patmos por Domiciano.

En el lado del Evangelio se halla San Nicolás, con hábitos obispales, impartiendo la bendición, asistido a cada lado por dos figuras vestidas de diáconos, ambos con sendos libros litúrgicos, además de dos acólitos que portan sendos candelabros y de dos ángeles alados en lo alto. Sobre estas imágenes se aprecia la leyenda: NICHOLAVS y DIACHONVS.

En el muro lateral derecho –continúa– existen cuatro zonas con escenas de la vida de San Juan Evangelista, y en el frontero, once pasajes de la vida y martirio del obispo de Bari, donde figuran las correspondientes leyendas.

En su conjunto, observamos que estos murales del santuario de Bierge son una obra maestra, perteneciente a las artes románicas del color en Aragón, que corresponden a una pintura típicamente regional, al fresco y al temple, o en combinación de ambas técnicas, por la que se ha sentido cierto interés desde la primera mitad de este siglo, restaurándose la ya descubierta y mostrando una gran inquietud a la búsqueda de nuevos hallazgos. Y así,

Ricardo del ARCO afirmaba que son una obra de gran valor por la calidad y número de su conjunto pictórico, el buen estado de su conservación y su interés en general. Su estilo mezcla arcaísmos con cierta dureza técnica propia del gótico francés. Además –agrega textualmente–, «Esta ermita la respetaron los marxistas por ser monumento nacional», manifestación que hacía el autor del *Catálogo* en el año 1942, recogiendo otra que le había hecho por entonces el propio alcalde del lugar.

En definitiva, parece ser que este fragmento o "divorcio" del conjunto representativo de la vida y martirio de San Juan, actualmente en Canadá, puede pertenecer a la zona inferior de las cuatro que había en el muro lateral derecho, sobre la que se abrió el indicado tragaluz cuadrangular, posiblemente cuando se reformara el santuario, adosándose en la época de Felipe III, en el frontal, el también referido retablo, del barroco primitivo, con sendos cuadros de San Nicolás obispo y la escena suprema del Calvario, de mayor y menor tamaño, respectivamente.

Creemos que muy bien podría establecerse una ruta de la pintura románica del Somontano altoaragonés (Barluenga, Arbaniés, Liesa, Ibieca, Bierge,...), que debería recorrerse haciendo un alto en cada uno de estos sitios, pese a las fugas y extraños peregrinajes llevados a cabo debido a esas transferencias de lienzos, como ha sucedido con ese San Juan del museo de Toronto. Se completaría con un estudio profundo de los autores y su época, las técnicas desarrolladas, las influencias recibidas, el color, las descripciones iconográficas de cada obra, la ornamentación complementaria, lugares y arquitectura de su emplazamiento, en resumen, todo. Con ello se llegará a conocer, con la mayor precisión, quién sería el pintor, por anónimo que fuese, que trabajara en un determinado fresco.

El *Catálogo de Huesca* al que nos remitimos realmente no hace mención expresa del autor de estos murales de Bierge, como tampoco nomina al que fuese Maestro de Foces, aunque comenta que la persistencia del románico en el Altoaragón fue tardía. En efecto, no es raro que muy avanzado el siglo XIII siguiera perdurando, cuando en otros sitios ya había penetrado el gótico absoluto; por entonces, pues, en estas tierras, comenzaba a armonizarse la transición del románico tardío al gótico primitivo, sobre todo en el alzado de muros, pilares, arquerías y techos de los edificios religiosos, evolucionando más pausadamente en la decoración cromática de sus murales.

A la vista de estas breves consideraciones, continuamos con el *Catálogo*, donde se alude a San Miguel de Foces, concretamente a sus murales. Comenzamos con los frescos de los nichos ojivales, donde se hallan los sepulcros pertenecientes a la familia de los Foces, posiblemente de don Artal y don Ximeno, que vivieron en el comienzo del siglo XIV, en los que están representadas sendas escenas de la Crucifixión, además de otra imagen de Jesucristo, bendiciendo, con dos ángeles turiferarios a cada lado. Por mi parte puedo decir que en repetidas ocasiones he ido a Ibieca para deleitarme ante esta obra, tan notable, tan interesante siempre; una vez, hace algunos años, recuerdo que fui con el catedrático oscense Vicente VALLÉS, quien posteriormente realizó unas primorosas copias de estas pinturas.

Pero si establecemos un orden cronológico entre los frescos de Bierge y estos otros de Foces, creemos que estos últimos quizá sean posteriores a los primeros, dadas sus respectivas composiciones; las hechuras y semblantes de sus figuras; los trazados geométricos de las vestiduras en cada una de ellas; los caracteres de las leyendas; las grecas y adornos que delimitan las escenas representadas, que en las pinturas de San Miguel de Foces son ya de un gusto gótico, muy primitivo en esta tierra, aunque con ciertos destellos del románico resistente a fenecer (pese a que estos territorios se hallaban ya a bastante distancia de las líneas de vanguardia de la Reconquista aragonesa) y, por lo tanto, más abiertos ya a la asimilación de cualquiera de las nuevas corrientes culturales centroeuropeas.

En Foces, el tema sanjuanista también fue tratado con gran profusión; allí aparece el Evangelista explicando la doctrina cristiana a sus seguidores, mostrándose en ademán semejante al del otro San Juan del museo de Toronto, ante el que de rodillas aparecen sus discípulos más próximos, bajo la leyenda POPVLVS. El *Catálogo* continúa con el muro del lado de la Epístola, donde existen dos zonas divididas en seis compartimentos escénicos cada una. A la izquierda son repetidos los pasajes de la vida de otro San Juan, el Bautista; desde la anunciación de su nacimiento a Zacarías, que con admiración recibe la noticia, dada la vejez de Isabel, su esposa, hasta la decapitación por mandato de Herodes. Creemos, pues, que, dada la profusión de los temas sanjuanistas en los murales de Foces, no es extraño que se atribuya a su maestro el pequeño fragmento del fresco de Bierge que nos ocupa.

De las pinturas del sepulcro de Eximio de Foces, advierte Ricardo del

ARCO que contienen epígrafes sobre los personajes sepultados, como ocurre en los murales de Barluenga, Liesa y Bierge; y cita a POST, quien, refiriéndose al conjunto de todas estas obras, afirma que el mayor número de frescos de los siglos XIII-XIV se sitúan en esta comarca, al este de Huesca, cerca de la capital, es decir, en el Somontano, y que las pinturas de San Miguel de Foces están en segundo término respecto a las del Real Monasterio de Sigena, entre los murales de la primera fase del gótico. Aquellas debieron de ser realizadas poco después del año 1302, de un estilo más abierto y monumental que los cánones francófonos, cuyo maestro quizá renunciara a la delicadeza de la miniatura, propia de la figuración abacial, ya fuera por estar bajo la influencia de los muralistas francos o porque se creyera que fuese lo más adecuado para una pintura de mayor ámbito.

Por otra parte, también pensaba POST que con esta corriente se aproximaban a la monumentalidad de los italianos, aunque fuera la inspiración francesa la que predominara fundamentalmente, por lo que llegaba a la conclusión de que el mencionado pintor no era un artesano meramente local, ni un "irresoluto", ya que su dibujo era de mano delicada, muy conocedor de la composición, esmerado en la representación y ambientación de las escenas tratadas, con sus fondos de gratos coloridos, las figuras con la brillantez y sombras de los repliegues de sus vestiduras. Sus componentes sitúan esta obra en un plano superior, por encima de la de cualquier artista local, arraigado a su propio terreno. Quizá sea ésta la causa por la que los mencionados tratadistas no señalan al Maestro de Foces como autor directo de los distintos frescos existentes en esta parte geográfica del Altoaragón, entre ellos el de San Fructuoso de Bierge.

No quisiera finalizar estos comentarios, con mi mente puesta ante el peregrinaje de este "San Juan bendiciendo a los dos discípulos del Filósofo Craton", como reza en la aludida ilustración de Toronto, sin dejar de afirmar que desdichadamente nos hallamos ante uno de los repetidos males de la Patria, de nuestro Lucas Mallada, con su carga de desalientos y acusaciones ante pérdidas irreparables. Sobre todo esto, no hace mucho, los profesores BORRÁS GUALIS y GARCÍA GUATAS, en su Introducción a su obra *La Pintura Románica en Aragón*, patrocinada por la Caja de Ahorros de la Inmaculada y la Fundación General Mediterránea, venían a recordarnos la desertización de estas tierras altas de Aragón, con algunos casos de "degradación monumental", doliéndoles que gran parte de sus fichas cata-

lográficas son ya auténticos certificados de defunción de muchos monumentos y pueblos desaparecidos o en proceso de muerte, abandonos éstos que la historia juzgará con rigor.

Este fragmento, según don Ricardo del ARCO, pudo salvarse de la "quemada" de 1936-1939. Ahora, al ocuparnos de su suerte, nos parece que estos comentarios quedan incompletos hasta que otros, con mayores conocimientos y autoridad, puedan detallarnos las causas por las que pasó a otras manos; en qué condiciones salió de nuestro entorno y fronteras; si quien autorizase cualquier traslación poseía legitimación activa para ello; qué características legales tenía el acto de la segregación del conjunto de la obra y la subsiguiente enajenación, si la hubo; por qué no se dio a conocer a la opinión pública este trasiego. Son interrogantes que sería interesante que algún día tuvieran su contestación.

Cuando salía de Toronto, de vuelta hacia Ann Arbor, creo que dejaba con alguna nostalgia aquellos emotivos rincones laurentinos, aunque fueran a la americana. También me llevaba grabada aquella gran exposición itinerante sobre "Les Tresors de la Terre Sainte", del Museo de Arte Antiguo de Israel, que se mostraba con gran afluencia de visitantes en el *Royal Ontario Museum*, con valiosas colecciones de escultura, sarcófagos, muestras paleográficas de antes y después de Cristo, orfebrería, cerámica, utensilios artesanales, documentos como algunos del Mar Muerto...; casi, igualmente, me iba con el recuerdo de las salas de la otra *Art Gallery of Ontario*, con sus Rembrandt y Hals hasta Picasso y Matisse, pasando por todo el impresionismo francés y una vasta gama de pintores canadienses clásicos y contemporáneos. Allí, más que en ningún sitio, puede comprobarse que el dinero lo puede todo. Prueba de ello es, por ejemplo, que en este mismo museo tuve la suerte de ver una muestra importantísima de la obra del inglés Henry Moore, a quien recientemente Margaret Thatcher lo ha descrito en la Real Academia de Londres como «el hijo del minero de Yorkshire, el más importante escultor mundial de nuestro tiempo».

Ciertamente nos agradó contemplar todo aquello, pero también he de decir que fue con cierto sabor agridulce, al verificar este "reencuentro" con el "San Juan con los dos discípulos del Filósofo Craton" de San Fructuoso de Bierge, tan bien restaurado pero tan lejos de nosotros.